

no ha realizado, ocultando sus ideas cuando le conviene hacerlo (1). Todo esto es el reverso de su sentimiento de dependencia. Si su padre no tuviera el poder ó la voluntad de castigarle ó premiarle, todo motivo de astucia, de engaño, de doblez, de amor propio, de pretensiones ilegítimas, habría desaparecido.

Esto lo prueban las diferencias de actitud que el niño adopta en presencia de las distintas personas. No echa mano de los mismos usos sociales de su inteligencia en presencia de las personas que no tienen autoridad ó energía para imponer castigos y otorgar recompensas. Muestra un grado completamente racional de independencia en cuanto á sus opiniones y su conducta con respecto á él. Muchas veces las diferencias de actitud con respecto á su padre y á su madre, respectivamente, demuestran cuál es la verdadera causa de un sentimiento tan enérgico de dependencia, de este tipo intelectual.

Parece, pues, que hay en la vida del niño un período de la evolución en el cual la propiciación y la decepción del objeto de su temor y de su dependencia parecen caracterizar su actitud cuasi-religiosa. A esto, de una manera general, debería llamarse sentimiento religioso, si admitimos que es una fase real del sentimiento de dependencia que caracteriza la religión. Naturalmente, podemos definir la religión de tal modo, que hagamos necesaria la presencia de un sentido ético desarrollado; pero entonces encontramos la dificultad con que ha tropezado el historiador tanto como el teórico, de no incluir las fases del rito primitivo que son eminentemente propiciatorias y egoístas, lo mismo en el niño que en la raza, y que muestran la tendencia del devoto á escapar á las penalidades de sus actos por medio del disimulo, el sacrificio, la sustitución fraudulenta ó cualquier otro artificio convencional ó intelectual, que ha encontrado eficaz en su trato con los hombres. La misma necesidad de admitir un período esen-

(1) Véase el pasaje correspondiente en el capítulo sobre la «Inteligencia» (cap. VII, § 3).

cialmente intelectual—y en gran parte amoral—en la evolución del sentido religioso, se encuentra también por el lado del otro elemento que viene á constituirlo,—el elemento del misterio,—del cual vamos á hablar inmediatamente.

216. 3) La forma final que el sentimiento de dependencia adopta es *ética*. No aparece hasta que ha llegado la plenitud del desarrollo en el niño. El movimiento mental que hemos visto que es necesario para el sentimiento moral,—la construcción del material de la personalidad al modo llamado ideal,—debe tener ya una fuerza suficiente para despertar una actitud de espíritu positiva hacia la persona que representa el bien en el medio social.

Cuando esto ocurre, aparecen varias formas que los escritores teológicos mencionan, formas que son asimismo factores agudos en la vida religiosa de la humanidad. El sentimiento de la dependencia moral supone la misma debilidad que el individuo sentía antes en presencia de la superioridad de otra persona, salvo que ahora es también una debilidad moral; falta una bondad permanente en presencia del ideal y de sus exigencias. Esto toma la forma de un sentimiento de *iniquidad*, tan pronto como la materia de la obligación cristaliza en presencia de la ley. Y con este sentido del mal vienen varias formas transitorias cualitativas de emoción, tales como el remordimiento, la vergüenza moral, el arrepentimiento, etc. Todo esto es, sin duda alguna, un ingrediente ético dentro del sentido de la dependencia religiosa.

Junto á él hay el elemento del auxilio y el favor no merecidos que constituyen los elementos eyectivos propiamente dichos, llamados en teología *gracia* y *misericordia*. Aquí encontramos la emoción sentida en forma de perdón, redención, aprobación moral y favor, seguridad religiosa, paz y comunión y confianza en el Superior á nosotros. En los grados inferiores, la necesidad es primero física y después intelectual; y la dependencia sirve para satisfacer esas necesidades,—suplir nuestra imperfección personal por medio del socorro y la ayuda física é intelectual. Aquí, por el contrario, la ne-

cesidad es ética, y la dependencia lo es, desde el punto de vista del auxilio y la ayuda moral. En esta dependencia de los demás para estos caracteres éticos que sentimos incompletos é inadecuados, aparece el pleno sentido religioso de dependencia, y ocupa su lugar en el desenvolvimiento del hombre como un factor de primera importancia. Y esto se verifica de dos modos.

217. En primer lugar, ahora es cuando la personalidad eyectiva, hacia la cual se dirigen las emociones religiosas, adopta las cualidades de significado ético. En los primeros grados, seguramente, el objeto de la adoración, el respeto y la confianza fué personal; el desarrollo del sentido de la personalidad se apoya en la base de la evolución total del sentido de la dependencia. Pero la persona concebida no era—ni podía ser, forzosamente—más rica ó más completa que el concepto del yo que el adorador ha formado; y éste, hasta entonces, no había sido ético. Los límites de la personalidad están determinados por el desarrollo personal del adorador mismo: ¿cómo puede formar una idea de la personalidad, que sea moral, antes de la aparición de ese yo ideal, en la comparación del cual tiene origen el sentido del valor ético?

En el período físico es natural que la divinidad sea el grande hombre, el héroe poderoso, el gigante, el sér más en armonía con las grandes manifestaciones físicas de la naturaleza, á pesar de ser personal. Esto, para el niño, viene á ser su propio padre, el poderoso de su medio. En el último período intelectual, la deidad toma los atributos de causa, de organizador, de actor inteligente, un sér en quien la sabiduría domina á las pasiones y cuya previsión aplica la venganza á los enemigos y favorece á los amigos. De aquí la singular tendencia por parte de los niños en este período á adelantarse á los dictados de la autoridad y á conquistar la benevolencia con una obediencia anticipada—período que tiene su paralelo en algunos de los más notables ritos religiosos de la raza. Entonces aparece el período ético, con su

gran cambio de cosas de arriba á abajo, en presencia de los nuevos ideales. El objeto de veneración, de temor, de adoración, se convierte ahora también en una persona *buena*, una persona que encarna la ley del deber y del derecho; y el sentimiento de una deidad que manifiesta la perfección moral se convierte en la adquisición permanente del niño y del hombre.

218. En segundo lugar, al lado de este progreso en la manera como es concebido el objeto de la emoción religiosa—desde lo físico, por las categorías intelectuales de causa y finalidad, hasta las formas éticas que caracterizan la conciencia religiosa superior—puede observarse otro hecho general por el lado social. Debemos decir, naturalmente, con respecto al valor social del sentido de la dependencia, lo que hemos dicho de su valor religioso—que varía en profundidad y en importancia con los grados del desenvolvimiento del sentido de la personalidad en el niño. En el primer grado—el de las primeras distinciones entre las personas y las cosas del medio—no hay separación clara entre el influjo de las personas, por sus resultados, y el de la acción de los agentes físicos. El grado de comunidad y cooperación que ofrece es en gran parte espontáneo é instintivo. En el período inmediatamente posterior, el llamado intelectual, la cooperación inteligente del niño con los demás toma la forma de un reconocimiento de que los otros son semejantes á él. Son criaturas que sufren y gozan en alto grado; que usan su inteligencia con fines personales, y que, no estando sujetos á las leyes generales, son esencialmente caprichosos. Pero ahora, en el último período, encontramos que el aspecto social se hace reflexivo. Como vimos al examinar los sentimientos éticos propiamente dichos, el yo ideal que la actitud moral supone lleva en sí la idea de otro que tiene de sí mismo y del mundo el mismo concepto que el sujeto de que se trate. Yo pienso en mí con alabanza ó con reproche de un modo completamente moral, solo cuando pienso que el otro yo, el *alter*, piensa de mí con igual alabanza ó reproche. Esta

atribución al otro de la misma referencia de los actos particulares, sucesos, etc., al ideal, hace del elemento social un factor esencial de la personalidad eyectiva en el mundo moral; lugar que no ocupa en ninguno de los grados inferiores que hemos encontrado como formas rudimentarias del sentimiento religioso de dependencia. El yo ideal eyectivo se concibe ahora, necesariamente, como en relación al yo y al otro. El bien religioso se convierte en una relación. La deidad se concibe como un «Socius» supremo, un sér que exige á cada individuo ciertas cualidades sociales é individuales. Y esto equivale á decir que la deidad no puede concebirse separada de esta relación. Intentarlo equivale á intentar pensar en un yo sin atributos morales. Cuando una persona que ha llegado al grado moral de la evolución intenta esto, construye una deidad á la cual él mismo no puede adorar, una deidad que solo puede excitar esa especie de obediencia física ó intelectual que despierta las formas inferiores del sentimiento de dependencia; ó, por otra parte, la deidad se convierte en una abstracción intelectual.

Solo con esta condición creo yo—con esta condición social y ética—puede considerarse la deidad con el carácter que generalmente llamamos «divino». Esta palabra resume las exigencias de la conciencia religiosa. Supone á la vez las condiciones 1) física, y 2) intelectual en los atributos de *omnipotencia* y *omniscencia*; pero 3) va más allá que éstos, porque tiene las significaciones éticas y sociales de *justicia*, *misericordia*, *gracia*, *amor*, *rectitud*, que muestran el sentimiento de dependencia en su forma más elevada y más rica.

219. Por último, puede observarse que el estudio de este sentimiento de dependencia durante todo el desenvolvimiento del niño revela constantemente el antropomorfismo esencial de la conciencia religiosa. La idea de la personalidad da por todas partes la forma al concepto del sér que se debe adorar; y el único concepto posible de una persona para el niño es el que se deriva de su propio sentido del yo. Este proporciona en todo momento la forma de la noción de la divinidad.

Veremos, sin embargo, que el otro elemento comprendido en la emoción religiosa—el elemento del misterio—tiende á poner límites á la tendencia antropomorfista, á pesar de nacer directamente de ella. Podemos venir ahora á este aspecto del sentimiento religioso.

220. II. *Sentimiento del misterio*.—El aspecto de la emoción religiosa que se indica con este título, es igualmente claro que el ya tratado con el nombre de dependencia. Especialmente los historiadores de la religión han encontrado necesario insistir sobre el elemento de misterio que ofrecen los productos de la conciencia religiosa de la humanidad. Desde este punto de vista, lo mismo que desde el de la apreciación particular del estado de espíritu religioso en sí mismo, todo conduce á pensar que la fase de la experiencia religiosa que usualmente se conoce por los nombres de miedo, temor, respeto, adoración, etc., es muy esencial y debe haber tenido un lugar muy importante en todo el desarrollo de este gran motivo de la experiencia humana. Volviendo al desenvolvimiento del niño, encontramos esta suposición completamente comprobada.

221. En cada uno de los períodos de la evolución del niño, descritos ya respectivamente como «espontáneo», «intelectual» y «ético», encontramos manifestaciones muy notables del sentido del misterio. En el primer período, en que los movimientos del espíritu están en gran parte bajo la férula de los impulsos instintivos y hereditarios que se manifiestan en los actos físicos, el sentido del misterio está, al revés del de la dependencia, muy poco desarrollado. El niño padece lo inesperado y lo desconocido, ó goza con sus revelaciones repentinas cuando son de una especie agradable; pero como estos sucesos, para afectarle, tienen que ser principalmente del mundo físico, las reacciones que ocasionan expresan en su mayor parte sus impresiones inmediatas en el organismo.

Desde muy pronto empezamos á encontrar, sin embargo, en el niño cierto sentido del posible significado oculto de los fenómenos. El miedo á la oscuridad puede servirnos aquí de

ejemplo. No parece tener una explicación satisfactoria en la experiencia actual del niño. Y aun cuando pudiéramos encontrar que el niño tiene miedo por asociación, la obscuridad parece, sin embargo, tomar su aspecto temeroso del hecho de simbolizar lo desconocido y misterioso. El niño, desde el primer año, muestra también su naciente sentido del misterio en su actitud con respecto á los juguetes nuevos, á los artificios mecánicos y á los sucesos que no puede entender (1). Espera para ensayar el nuevo juguete á que su padre le haya demostrado que no puede hacerle daño. Ejerce su curiosidad con una sabia precaución, especialmente cuando fija su atención en seres vivos.

El primer gran asombro de un tipo general en el niño, es quizá el del *movimiento*. Tan pronto como comprende la regularidad de los movimientos mecánicos de los objetos externos de su medio, reducidos á un cierto orden,—perdiendo el sentido del misterio con respecto á ellos, gracias á serle muy familiares,—su sentido de la extrañeza de los movimientos de los seres animados se hace todavía más acentuado, por el contraste con la regularidad y fácil comprensión de los primeros (2). Esto se muestra al principio muy claramente en su experiencia de las personas, porque son durante largo tiempo los únicos seres vivos con quienes él tiene algo que ver. Las personas son, por excelencia, las cosas misteriosas para el niño, y durante sus primeros años pone todo su empeño en comprenderlas.

Este sentido está también, desde el primer momento, estrechamente asociado al sentido de la dependencia, que ya hemos estudiado. El padre viene en auxilio del niño y le salva del dolor; esto despierta los dos sentimientos en un es-

(1) Los niños pequeños demuestran muchas veces miedo á los ruidos extraños ó no explicables. E., á los tres años y medio, se asustó del mugido de una vaca de juguete, y también de los sonidos estridentes de las piernas movibles de una muñeca.

(2) Mi caballo de montar jamás perderá, probablemente, el terror que experimenta á la vista de un bote que se mueve lentamente por un canal.

tado emocional complejo. Se hace más dependiente, en su propio concepto, por este auxilio que le presta el padre, precisamente porque él es débil, y, al mismo tiempo, queda asombrado de los recursos del padre. A medida que va entendiendo más y que ve más inteligencia en los que le rodean,—haciendo su conocimiento eyectivo—se hace más consciente de su complejidad, de su incapacidad esencial para prevenir su acción, y deviene cada vez más sensible al profundo abismo de los hechos futuros, «proyectivos» y «prospectivos», que todavía ignora.

Esto último es un sentido más alto del misterio. Los elementos intelectuales se hacen después predominantes, tomando los dos grandes aspectos de contenido, ya indicados, como característicos de las categorías intelectuales de la religión, las de causa y finalidad. El niño se ocupa, en el segundo período inteligente, del qué y el por qué de las cosas y personas; entendiendo las primeras, en gran parte, como semejantes á las segundas. Ya hemos visto que su período inquisitivo está lleno de esas dos clases de conocimientos.

Y cuando buscamos los elementos de contenido que estos dos tipos de cuestión representan, vemos que la pregunta «por qué» es á la vez posterior y más profunda. En cuanto empieza á pensar mucho, empieza á preguntar «por qué», aun de las cosas y sucesos de las cuales él ya comprende, ó cree comprender, el «qué». En el gran período del por qué, en el niño, desde el tercero al sexto año, su sentido del misterio se manifiesta como en un perfecto sitio á la ciudadela de la personalidad paterna para explicar los sucesos más comunes de la vida. El «por qué» es, no sólo el instrumento de la inteligencia, tal como lo hemos encontrado antes; es también un índice constante de lo que es misterioso para el niño.

Con todo, este sentido del misterio tiende á perder algo su carácter informe y temeroso, y adoptar la forma de un *respeto á la personalidad* más inteligente. La categoría de personalidad se convierte, como hemos visto, en un recurso familiar del niño para explicar á la vez el qué y el por qué de

las cosas, y tiende á quedar satisfecho con la respuesta, que le lleva á suponer un agente vivo. Esta categoría de la personalidad, en este período, parece como absorber y suplantar á las otras dos categorías—las de causa y finalidad. Los misterios que encuentra el niño en el universo se pueden *reducir al único gran misterio de la personalidad*, y ésta, á su vez, deja de ser el simple misterio de una explosión terrorífica de fuerza, ó un agente ciego de una inteligencia sin dirección; se convierte en aquella especie de actividad, de la cual el niño mismo parece tener un germen en sus propios actos.

222. Es natural también, por otras razones, que en este período de la evolución intelectual, el sentido infantil de lo obscuro y desconocido se refiera principalmente á las personas. Entonces es cuando evidentemente comprende más los influjos sociales, tales como los de la familia, la escuela, etc., que dirigen su propia personalidad en su camino á través de la imitación y absorción social. La herencia social es, ante todo, una educación para la apreciación personal del yo y de los demás, y una adquisición de independencia social por medio de la forma más estrecha de dependencia personal. La invención y la independencia de juicio solo se perfeccionan gradualmente; y ambas proceden del influjo misterioso de las personalidades de los demás. Así, el niño no cultiva su misterio por propia iniciativa, ni por ningún proceso consciente. Los debe á las condiciones mismas de su desarrollo, hacia las condiciones acabadas de la organización social. No puede dejar de personalizar los objetos interesantes, instructivos y difíciles de comprender; y de aquí nazca en él, espontáneamente al principio, reflexivamente más tarde, un sentido de las potencias y oscuridades de la vida individual, que no deja de hacerse cada vez más profundo, según él va siendo más inteligente y mejor informado (1).

(1) Así también en los sistemas religiosos, los misterios más profundos son los que nacen sobre la construcción de la perso-

El asombro producido por las personas se muestra en este período en ciertas situaciones sociales concretas. Habiendo encontrado un modo de resolver sus dificultades intelectuales, en lo que toca al qué y al por qué, con la atribución de actividad personal á todas las cosas misteriosas,—un modo general antropomórfico de explicar los sucesos naturales—vuelve á encontrar el misterio en los actos singulares de los agentes personales, en su relación de unos con otros y con él. Antes de que su sentido ético salga á luz, la situación moral es para él un enigma. Su explicación de los actos de las personas consiste, en su mayor parte, en referirlas á uno de sus dos conceptos del yo,—á los que se ha llamado el yo «habitual» y el yo de «acomodación». Puede entender los actos de otros cuando son francamente egoístas y cuando son francamente generosos; pero los que no pertenecen claramente á ninguna de estas dos categorías, excitan su sentimiento del misterio.

Este misterio pesa enormemente sobre la vida del niño, en verdad. Nadie puede observar á un niño de cuatro años dentro de la casa, sin advertir su ansiedad en presencia de las controversias morales, argumentos, quizás disputas éticas, que inevitablemente se presentan en el círculo familiar de vez en cuando. Las personas mayores, al acabar una conversación viva acerca del bien y del mal, encontrarán á veces al olvidado oyente infantil llorando al verse ante el misterio de su conversación. O bien el niño os llamará para que socorráis al mendigo y se mostrará muy extrañado de que no sigáis los impulsos generosos que le habéis excitado para que los muestre con respecto á sus compañeros de juego. Una niña de cinco años no comprende por qué á un visitante se le permite que tome el dulce mayor que hay en el plato, en tanto que á ella se le ha prohibido que lo haga. Este es el principio de un misterio; misterio de toda la vida, que jamás lle-

nalidad divina, tales como la encarnación, las naturalezas divina y humana en una, la trinidad, etc.

gamos á descifrar realmente, aunque lleguemos á pensar en él más maduramente y á introducir conscientemente una serie superior de valores personales llamados lo bueno y lo justo. Mas para el niño los elementos misteriosos no tienen solución, y solo puede ver en las personas que obran de este modo complejo seres á los cuales debe venerar, de los cuales ha de depender y maravillarse.

Así, á la luz de todo lo que hemos dicho, el sentido de misterio religioso se experimenta casi desde el principio en y sobre todos los actos y caracteres personales; y en el período de la evolución intelectual se convierte en un impulso violento hacia la revelación de la vida individual, que va á producirse en el siguiente período moral (1).

223. Viniendo ahora al tercer período, ó período ético en el desenvolvimiento del niño, vemos al sentimiento del misterio, como al de la dependencia, tomar su forma más elevada. También aquí, como al tratar del sentimiento de la dependencia, podemos preguntar si ha existido antes un sentimiento religioso real. Y solo podemos responder diciendo que las formas inferiores del sentimiento del misterio ciertamente han existido antes; lo demás es asunto de pura definición. Pero dejando esto á un lado, según se eleva el sentido ético, el sentido creciente de la personalidad se convierte en teatro de nuevos y aun más profundos misterios para el niño. Ahora siente dentro de sí mismo el nuevo concepto de personalidad llamado ideal, que pide se le reconozca por cima de los rivales, que hasta ahora han luchado dentro de su espíritu.

Ahora ya la exigencia de conformarse á modelos esencialmente misteriosos, *no está ya completamente fuera de él*, sino que la escena real de su nacimiento está *en su propio pecho*. Lo ético y lo social propiamente dichos se distinguen de los estados emocionales inferiores precisamente en esto, en que

(1) Las manifestaciones antropológicas ó étnicas de este primitivo sentimiento del misterio ó de la admiración, han sido descritas minuciosamente por los autores que han tratado de las religiones primitivas.

contienen unidos el sentido del *ego* y del *alter* dentro de un concepto ideal general. Los predicados éticos, tales como el deber, la responsabilidad, la rectitud, etc., se producen sobre las relaciones entre los yo parciales, por una parte, y este yo ideal supremo, por otra. Cuando el niño, pues, llega á hacer efectiva esta forma superior de su concepto personal, el postulado que resulta de la naturaleza ética y religiosa es un sér divino, cuyas perfecciones provocan las actitudes emocionales más refinadas de dependencia moral y de misterio. Todos estos sentimientos se dirigen ahora hacia un sér cuya naturaleza es, esencialmente, *ética y social*. El contenido de la noción de la divinidad en el espíritu infantil desde el momento en que el niño comienza á entrar en la juventud, es un contenido ético y social. Entonces el misterio se convierte en respeto y temor moral; el respeto que sentía aquel gran filósofo que consideraba la «ley moral interior» uno de los objetos de su más profunda meditación.

Este período está tan lleno de enseñanzas, que yo me atrevo á condensarlas en ciertas fórmulas que pueden considerarse como nuestras conclusiones acerca de la evolución del sentido religioso, tanto más cuanto que en ellas se han tenido en cuenta las enseñanzas de las dos fases de la experiencia religiosa.

224. *Primera.*—*El niño moral—y el hombre—debe pensar en Dios como si pensase en sí mismo; con una actitud ética positiva con respecto á él.* Su juicio misterioso, pero imperativo, sólo puede ser claro cuando el niño piensa que las demás personas participan de la aprobación ó desaprobación que él mismo se otorga. El elemento de publicidad social es, como hemos visto, una parte real del contenido sobre cuya base se construyen las emociones éticas. Así, en el proceso que sigue en su vida religiosa efectiva, debe pensar: «Dios me ve», lo mismo que piensa en la vida diaria «mi padre y mi madre me están juzgando».

225. *Segunda.*—En este grado superior, pues, de la vida religiosa, en el cual el niño está entrando, *Dios es una per-*

sona real que mantiene relaciones reales de aprobación ó des- aprobación moral conmigo que le adoro. Mi culto es un reconocimiento, no tanto de su existencia—que no puede ni ponerse en duda en el desarrollo religioso espontáneo de la conciencia—como de su excelencia. La persona divina es en la vida religiosa un postulado de la misma clase que el compañero social en la vida moral y que el del mundo de relaciones externas é individuales en la vida intelectual.

226. *Tercera.*—Sin embargo, en la interpretación de este postulado, en la tentativa para pasar desde el grado del sentimiento al del dogma—tentativa que es un movimiento mental necesario, y que hasta el niño hace—*la inteligencia se desconcierta, tanto por las limitaciones de su propio desenvolvimiento, como por la misma naturaleza «proyectiva» y «prospectiva» del movimiento en que descansa el sentido religioso.* Sin los misterios la religión sería un conocimiento para recitado—el espíritu del individuo sería la única cosa que habría que venerar en el mundo—lo cual equivale á decir que el ideal no sería ya ideal, sino un hecho de experiencia. El niño muestra esto en lo poco que le dura la conformidad con las encarnaciones personales de su veneración. Necesita pasar al grado en que el más importante entre los caracteres es precisamente lo general ó ideal que ningún carácter muestra por completo. Cuando llega á eyectar este ideal le vemos luchar contra la contradicción esencial que esto supone desde un punto de vista intelectual—á saber, el intento de concebir un individuo particular que, sin embargo, no tiene las limitaciones que debería tener, por ser esenciales á su conocimiento de la individualidad. La omnipotencia, la omnisciencia, la presencia espiritual sin presencia corporal, la sabiduría social, la perfección moral, toda clase de infinitos,—todos estos atributos le turban; y precisamente la necesidad en que se encuentra de pensarlos, á la vez que le faltan categorías de conocimiento imitativo ó experimental para pensarlos, es lo que le sume en el más profundo sentido del

misterio y lo que le inicia en sus más conmovedoras emociones religiosas.

227. *Cuarta.*—*El misticismo esencial á la conciencia religiosa es el último que aparece.* Adopta ciertas formas semi-indiferenciadas, para las cuales tenemos palabras de un significado más ó menos adecuado. Hemos visto que el sentido de la dependencia produce en el niño ciertos estados emocionales conocidos con diferentes nombres; no es más que una prueba de la unidad del sentimiento religioso, y de la unidad de la evolución intelectual y personal, que llega en aquélla á su mayor productividad, el que el sentido de misterio se muestre constantemente en actitudes semejantes. Aquí tropezamos con la *reverencia*, que no deja de ser un sentido de lo misterioso, porque el Misterioso sea á la vez objeto de nuestra confianza; el *temor*, cuyo objeto no deja de ser bueno y digno de confianza por ser temerosamente misterioso; el *miedo*, que no es menos saludable porque conduzca á actos de sumisión, de propiciación, de confesión y de fe.

228. Esta breve ojeada á los elementos que supone la evolución de la conciencia religiosa puede cerrarse con unas palabras acerca de la materia real á que se refiere la religión como institución. Considerando de un modo general el resultado de nuestro examen del asunto, podemos sintetizar nuestra opinión en la posición general de que el sentimiento religioso depende constantemente de la evolución personal del individuo en su totalidad: su inteligencia, su conducta, su emoción. La evolución de sus construcciones intelectuales de la realidad subjetiva le da una base para prevenir los hechos morales y sociales y para tratar, por medio de lo que llamamos un acto de fe—la anticipación que se ve en todas las observaciones hechas sobre su evolución hacia los nuevos sucesos de los cuales depende y las nuevas manifestaciones de lo que teme—de ponerse en armonía con las realidades personales, generales é ideales del universo. Su esfuerzo se muestra en las instituciones religiosas, cuya justificación está en su fe. Así, en vez de la fórmula de Matthew Arnold,

«la religión es la moralidad impregnada de emoción», yo preferiría decir, según el estudio de la Psicología de la evolución: *la religión es la emoción inflamada por la fe*, entendiéndose por emoción la reverencia hacia una Persona y por fe la dependencia de Ella.

Así el niño que busca á su padre, el salvaje que se arroja ante un tronco, el eclesiástico que inculca un dogma, el asceta que se alimenta de hierbas, todos éstos, lo mismo que el místico que contempla lo invisible y el racionalista que cree en algo que no ve, ¡todos ellos son religiosos!

229. El lugar de la religión en el desenvolvimiento social es, dada su dependencia de la evolución del yo en todos los momentos, el de la emoción de tipo social. Adquiere nueva importancia al unirse con la vida ética en las regiones superiores de la evolución humana. Esto se trata más adelante con el título de «Sanciones morales y religiosas» (capítulo X, § 4) (1).

(1) Los varios aspectos de la religión (su evolución, su psicología, etc.), están tratados por diferentes autores en artículos enciclopédicos del *Dictionary of Philosophy*, al cual ya nos hemos referido otras veces.

CUARTA PARTE

LAS SANCIONES DE LA PERSONA (1)

CAPÍTULO IX

Sus sanciones personales.

230. Hemos tratado de trazar la evolución del individuo social, de tal modo que nos dé una idea suficientemente completa de sus caracteres en cada una de las épocas críticas de su vida; nuestro estudio ha mostrado también, hasta cierto punto, el carácter del medio social en que se mueve. Viniendo á un examen algo más objetivo de sus actos en la sociedad, vemos surgir ante nuestra atención otra cuestión muy importante.

Esta cuestión se refiere principalmente al individuo, y toca á la disposición que muestra para aceptar las condiciones de la vida social y para vivir su vida como un ciudadano bueno ó malo. Es un hecho que generalmente acepta las cosas tales como las encuentra. Los filósofos han tratado de demostrar lo contrario: que su vida no es digna de ser vivida; que tiene su suerte en sus manos, y que, por lo menos,

(1) Sobre el asunto general de la «Sanción», considerada en sus relaciones sociales, el lector debe consultar: Stephen, «Teoría de los motivos sociales» en su *Science of Ethics*, cap. III, y Mill, *Utilitarianism*, cap. III, con cuya distinción, entre sanciones «internas» y «externas», puede compararse la que se establece en esta obra entre sanciones «individuales» y «sociales». Véase el artículo «Sanción» en mi *Dictionary of Philosophy*.